

Presentación de la *Regla* de san Benito

Eduardo F. Pironio¹

I

La Palabra de Dios es simple. Hay que penetrarla con alma de pobre y corazón contemplativo. Sólo así nace en nosotros “*el gusto de la Sabiduría*” y obra adentro “*la potencia del Espíritu*” que nos hace libres (2 Co 3,17).

Así sucedió en María, la Virgen pobre y contemplativa, que recibió en silencio la Palabra, la realizó en la obediencia de la fe (Lc 11,27) y la revistió con la sencillez de su carne.

A veces nosotros complicamos el Evangelio y así ya no entendemos la claridad y la fuerza de sus exigencias. Posiblemente miremos el Evangelio demasiado desde nosotros mismos. Es verdad que es bueno meditarlo a partir de nosotros mismos, o reflejándolo en nuestros

¹ Esta presentación la escribió el Beato Pironio, cuando era Obispo de Mar del Plata y Presidente del CELAM, en el año 1974, a pedido del P. Pedro Eugenio Alurralde (+), osb, para su libro: *Tomando por guía el Evangelio*, Florida (Pcia. de Bs. As.), Eds. Paulinas, 1974.

acontecimientos, pero la Palabra de Dios trasciende nuestra realidad y hay que entrar en ella desde la profundidad del Espíritu que *“lo penetra todo, hasta lo más íntimo de Dios”* (1 Co 2,10).

Podemos “acercarnos” a Dios partiendo de nosotros mismos –de la realidad angustiante o esperanzada que nos rodea– pero “entrar” en Dios es privilegio de los pequeños a quienes conduce el Espíritu como a hijos (Rm 8,14).

Es interesante comprobar cómo Jesús, movido por el Espíritu Santo, experimentó una honda “alegría” cuando dijo: *“Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque ésa fue tu voluntad”* (Lc 10,21).

Por eso el Evangelio, cuando se lo saborea en silencio y a lo pobre, nos hace tanto bien: nos ilumina y hace fuertes, nos pacifica y alegra, nos hace entrar en comunión con Dios y con los hombres. Se anticipa en el tiempo el gozo de la eternidad: porque recibimos la Palabra de Dios, aún en medio de las tribulaciones, *“con la alegría que da el Espíritu Santo”* (1 Ts 1,6).

El cielo es el término de la esperanza y el lugar de la comunión. Allí se dará en plenitud el gozo que anuncia san Juan: *“Les anunciamos lo que hemos visto y oído, para que también ustedes vivan en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos para que nuestra alegría sea completa”* (1 Jn 1,3-4).

Mientras vivimos en el tiempo, nuestra felicidad será ser fieles a la Palabra como María (Lc 1,45). Esforzarnos por escucharla en su simplicidad y obedecerla en su plenitud. Luego, por la eficacia de esa misma Palabra que era Dios y plantó su tienda entre nosotros (Jn 1,14), entraremos en la comunión definitiva: *“Seremos semejantes a Él porque le veremos tal cual Él es”* (1 Jn 3,2).

II

La *Regla* de san Benito es simple. Con la simplicidad del Evangelio. Toma lo esencial de la Buena Nueva de Jesús y la concreta. Por eso nos hace bien y nos libera. Nos abre al gozo de la sabiduría y nos hace sentir hermanos, libres y hombres nuevos.

Hoy hablamos mucho de “liberación”. Hacemos bien porque es el contenido de la misión profética de Jesús (Lc 4,18) y el centro de su Misterio Pascual (Ga 5,1). Pero nos estamos dejando aprisionar por muchas ideologías y oprimir por excesivas angustias.

Sin darnos cuenta vamos perdiendo de nuevo la libertad, porque dejamos de penetrar en la Verdad que es la única que nos hace libres (Jn 8,32). Hemos perdido “*la sabiduría de Dios, misteriosa y secreta*” (1 Co 2,7) que es el Cristo crucificado siempre vivo entre nosotros, como “*esperanza de la gloria*” (Col 1,27).

Por eso es importante la publicación de este libro: una relectura, desde el hoy de América Latina, de la *Regla* de san Benito. Mi querido amigo, el Padre Pedro Alurralde, ha tenido una rara virtud: comunicar la sencillez evangélica de la *Regla* de san Benito, interpretada desde la actual situación histórica Latinoamericana y ubicada en un contexto bíblico y patrístico admirable. Por eso este comentario, conscientemente nada técnico, es tan bíblico, tan patrístico, tan actual. Es el secreto de la verdadera sabiduría; una palabra muy simple, no estudiada y aprendida, sino gustada adentro y anunciada.

III

La Iglesia en América Latina necesita la presencia activa de los monjes. La vida monástica –en la escuela de Jesucristo y siguiendo plenamente el Evangelio– es esencial en nuestra Iglesia: Iglesia

Pascual de la profecía y del testimonio, de la pobreza y del servicio, de la encarnación y la presencia.

Cuando hablo de “presencia activa” no me refiero precisamente a “la acción” del monje, a su trabajo o su tarea. Me refiero a esa fecundidad oculta que nace de la plenitud interior de la contemplación.

El monje, por definición, es el hombre que escucha y obedece a la Palabra. Debe engendrarla cotidianamente en el silencio fecundo de su monasterio y en la virginidad de su corazón abierto y consagrado. La vida monástica es un testimonio profético: que anuncia la Santidad de Dios y la cercanía del Padre, la alegría del Espíritu y la fuerza transformadora de la vida oculta en Cristo (Col 3,1-3).

La vida monástica, si es vivida con autenticidad –en la profundidad de la oración, en la alegría de la comunión y en la sencillez del servicio– es un permanente llamado a la conversión en la seguridad de la esperanza: *“Ya ha llegado el tiempo. El Reino de Dios está muy cerca: conviértanse y crean en la Buena Noticia”* (Mc 1,15).

Un monje grita a los hombres que el mundo tiene que cambiar porque Jesús está presente. La comunidad monástica es un signo de la presencia de Jesús. Invita a los hombres a que vengan al monasterio para gozar, entre el dolor de la búsqueda y la alegría del encuentro, esta necesaria “experiencia de Dios”. Al recibir a un huésped “como a Jesucristo”, el mismo monje descubrirá una nueva cercanía de Dios, una forma nueva de comunión y una invitación más honda a la oración.

El monje, por definición, es alguien que buscó la soledad porque necesitaba entrar en comunión: con Dios y con los hombres. Su “experiencia de Dios” no era sólo para ser gustada adentro, sino para ser comunicada al mundo. En la vida del monje juegan siempre la soledad hecha comunión, el silencio hecho palabra y la oración hecha compromiso.

IV

La vida monástica se inserta, de un modo original y único, en la historia de los hombres: desde la experiencia de Dios hecho en Cristo Palabra, Alianza y Servicio.

Por eso es tan importante hoy en América Latina. Nuestros pueblos pobres y sacudidos necesitan creer en el amor y en la paz, en la libertad y la justicia, en la bondad del Padre y la alegría de la salvación. Necesitan “experimentar” que Dios ha venido a liberarnos. Necesitan conocer a hombres que han optado por la libertad y la pobreza desde el interior de una comunidad comprometida con Dios y con la historia.

En nuestra tierra reseca se abren surcos de esperanza: allí entra ahora la Palabra de Dios engendrada en el silencio.

La Iglesia en América Latina, si quiere ser de veras la Iglesia de la Pascua –pobre, misionera y liberadora del hombre–, tiene que ser fuertemente contemplativa. Más que nunca es esencial la contemplación en todos los niveles de la Iglesia: sacerdotes, religiosos y laicos. Sólo desde la contemplación entenderemos plenamente al hombre, seremos capaces de descifrar los signos de los tiempos y nos comprometeremos activamente con la historia.

V

Un monasterio que busca de veras al Señor nos transmite la seguridad de su presencia y nos prepara los caminos de la paz. Porque la vida monástica es el grito profético de que los hombres fuimos hechos para la comunión. Y es el signo de que en la plenitud de los tiempos Cristo nació de María para hacernos libres (Ga 4,4), hombres nuevos por el Espíritu (Jn 3,5), llamados al gozo de la comunión (1 Jn 1,4).

Ésta es nuestra esperanza y nuestra alegría.

Cuando un hombre de nuestro tiempo golpea a las puertas de un monasterio lleva siempre adentro una pregunta y un pedido.

La pregunta es ésta: “*Maestro ¿dónde vives?*”. A lo que la comunidad monástica responde con sencillez de experiencia: “*Vengan y lo verán*” (Jn 1,38-39).

Y el pedido fundamental es éste: “*Señor, enséñanos a orar*” (Lc 11,1). A lo que la comunidad monástica responde casi sin palabras: “*Cuando oren, digan: Padre*”.

Y los hombres salen más libres, más justos y más hermanos. Más comprometidos, como hijos de Dios, a trabajar de veras por la paz (Mt 5,9).